

## ANATOLE FRANCE

### SU VIDA Y SUS OBRAS

POR EL

**Dr. Jaime Scolnik**

Profesor de literatura francesa en el Colegio Nacional de Monserrat

Francisco Anatole Thibault, hijo único de Francisco Noel Thibault y de Antonieta Gallas, nació en París el 16 de Abril de 1844. Fué bautizado en la iglesia de San Germán de los Prados el 9 de junio del mismo año; su padrino fué Santiago Charavay y su madrina Enriqueta Estefanía La Rade.

Su padre ejercería entonces la profesión de librero que había abrazado últimamente; era el cuarto hijo de un pobre zapatero de Saulgé-l' Hôpital cerca de Angers, y desde muy joven debió ganarse la vida como mozo de una granja de la aldea de Lignéres. Su destino era suceder a su hermano Luis como guarda rural, pero al cumplir los 20 años de edad entró como voluntario en el regimiento 4° de infantería de la guardia real. Según la tradición, en el cuartel adquirió una instrucción primaria elemental, puesto que no sabía leer ni escribir.

No bien obtuvo los galones de cabo, la Revolución de 1830 disolvió la guardia nacional quedando trunca su carrera militar. Durante toda su vida conservó la fé realista de los 20 años y guardaba en un sobre, como preciosa reliquia, algunos emblemas legitimistas, entre los cuales la impresión del sello del conde de Chambord con su famosa divisa: Fides, Spes.

Vuelto a la vida civil, no se sabe qué causas lo llevaron a ejercer la librería. Entró como empleado en lo de Techener, haciendo el aprendizaje del oficio. A principios de 1838 instaló por

cuenta de esta casa una “librería histórica y especial de la revolución de 1789”, llegando a ser propietario de la misma al año siguiente. Este negocio instalado en la plaza del Oratorio del Louvre, fué trasladado al Quai Malaquais, donde nació Anatole France y luego Quai Voltaire, donde el gran escritor pasó la mayor parte de su infancia y adolescencia.

Mucho se ha discutido sobre el nombre France. No es un seudónimo del escritor, porque el padre de éste también firmaba “France”.

Un periodista curioso le preguntó la procedencia de esa palabra y el escritor le contestó lo siguiente, en una carta fechada en 1895: “No tengo propiamente un seudónimo. El nombre de France es un apodo más viejo que yo; pertenezco a una antigua familia de viñadores del Anjou, que cerca de Saumur puebla aún 2 o 3 aldeas. Mi padre se llamaba Francisco Natividad Thibault. Era conocido en su país natal por el diminutivo de su primer nombre, France, apodo que conservó durante los 85 años de su vida laboriosa, honesta y llena de honor. El uso, más fuerte que la ley, me impuso este nombre de France, que llevo como él lo ha llevado”.

Según Le Moy, “France” es el nombre “François” (Francisco) pronunciado a la manera de los habitantes del Anjou.

La señora France fué la más tierna de las madres para con su hijo único a quien llenaba de mimos, siendo correspondida en la misma forma.

La madre ocupó siempre en el espíritu de Anatole France un lugar preeminente. Cuando ya lleno de fama hallaba ocasión de hablar de ella en sus libros, empleaba los términos más suaves y cariñosos y cuando agobiado por los años entró en agonía, sólo de su madre se acordaba y la llamaba a cada momento.

Las primeras páginas que poseemos de Anatole France están dedicadas justamente a expresar a sus padres su sincero afecto: son cartas que escribió entre los 7 y 8 años de edad, para desearles un feliz cumpleaños o un venturoso año nuevo.

Como él mismo escribe en sus memorias, desde su más tierna edad se sentía devorado por el afán de gloria y soñaba con

perdurar en el recuerdo de los hombres. Quería ser militar y ganar batallas, pero como no le era posible por su escasa edad, resolvió volverse un santo como los del calendario. Su piadosa madre le leía frecuentemente la Vida de los Santos y el pequeño Anatole, para imitarlos, resolvió no tomar más su desayuno. Después quiso distribuir su riqueza a los pobres y arrojó por la ventana las monedas que le daba el padre, los trompos y las bolitas; hasta llegó a fabricarse un cilicio con las crines de un sillón viejo. Pero cansados sus padres por tales extravagancias, lo azotaron; viendo lo difícil que le resultaba practicar la santidad en el seno de la familia, pensó en establecerse en el Jardín de Plantas para vivir en la contemplación como los ermitaños.

Ya en la madurez de su vida, varias veces rehizo esos sueños de la infancia. Lamentaba no haber seguido la carrera militar; decía que el deber de éstos es claro y tanto mejor determinado cuanto que no es el razonamiento quien lo determina: "Es necesario ser sacerdote o soldado para no conocer las angustias de la duda". En cuanto al sueño de volverse ermitaño, lo rehacía casi todos los días al ver cuán mala era la vida; pero la naturaleza lo volvía siempre hacia los entretenimientos en que transcurren las humildes existencias.

No tenía aún 8 años cuando ya hizo sus primeras armas en la literatura: escribió un cuadernito dedicado a su madre, con el título de "Nuevos pensamientos y máximas cristianas por Anatolio". A manera de prefacio puso la siguiente explicación: "Anatolio ha hecho un libro titulado: Pensamientos cristianos. Es demasiado joven para hacerlo imprimir, no tiene más que 7 años; él espera que tenga 20 años". Como buen hijo de librero puso al pie de la tapa del cuaderno el precio de la obra fijado en 50 céntimos.

Todos sus pensamientos tienen conclusiones prácticas. Escuchémosle cuando habla de las bondades de la oración: "Voy a contaros una historia sobre ese asunto. Historia: yo estaba de paseo con alguien que me decía tonterías; yo dije una oración en voz muy baja, entonces él dejó de decirme tonterías. Ved cuán bueno es Dios". Al final de sus "pensamientos" puso esta "mo-

ral” como conclusión: “Mis queridos amigos, seguid estos pensamientos e iréis al Paraíso. Haced caso de los consejos que hay en el folleto y rogad a Dios por la mañana y por la tarde”.

Siendo muy pequeño aún, fué enviado a casa de una maestra para recibir lecciones particulares. Tenía 9 años cuando entró a la institución católica de los padres maristas, pasando después al Colegio Estanislao, donde prosiguió sus estudios hasta el bachillerato. En las aulas, a pesar de su aparente mansedumbre, dió muestras de un espíritu revoltoso. Más de una vez se rebeló contra un libro de ejercicios de francés que tenía como texto. Decía que no había necesidad de hacer ejercicios tan dolorosos para aprender una lengua que se llama materna y que su madre le enseñaba muy bien con sólo conversar.

Ha subsistido hasta nuestros días una libreta de clasificaciones correspondiente a un semestre del año 1856, donde pueden leerse observaciones como las que siguen, firmadas semanalmente por su profesor, M. Allain: “Lecciones mal sabidas”. “Deberes flojos, hechos sin prestar atención”. “Hoy fué castigado por arrojar bolitas de papel en la hora de clase”. “Se nota indiferencia y descuido; se ríe a cada instante; una mosca le distrae”.

Anatole France, niño, hacía las versiones latinas con un desenfado maravilloso, salteándose palabras y frases enteras. Debía temer las amonestaciones del padre, porque hacía refrendar el boletín por su mamá, siempre que traía malas notas.

Decididamente, el colegio no le gustaba y se consolaba al pensar que los internos eran más desdichados que él; en cierta ocasión llegó a escribir lo siguiente: “Ah! Tened compasión de mí, vosotros que no sois más escolares, que habéis tenido la felicidad de salir de esta prisión donde se encierra a la aurora de la vida”.

Para él, la mejor escuela era la escuela de la casa.

Como era muy observador, aprovechaba hasta lo que veía en la calle para su formación personal. En sus recuerdos de infancia, escribe lo siguiente:

“Todo lo que veía caminando por la calle, los hombres, las bestias, las cosas, contribuía a hacerme sentir la vida en lo que tiene de simple y fuerte. Nada vale tanto como la calle para ha-

cer comprender a un niño la máquina social. Es menester que haya visto a la mañana a los lecheros, los aguateros, los carboneros; es necesario que haya examinado los negocios del almace-nero, del salchichero y del vendedor de vinos; que haya visto pasar a los regimientos con la banda de música; es menester, en fin, que haya aspirado el aire de la calle para sentir que la ley del trabajo es divina y que cada uno debe cumplir con su deber en este mundo”.

Uno de los pocos atractivos que le ofrecía el colegio, era la compra de textos que al comienzo de cada año efectuaba en compañía de su madre; ésta adquiría para el pequeño Anatole, además de los libros escolares, algunos cuadernos de la Historia de Francia de Guizot. Es sabido que la historia constituía para él una verdadera pasión desde muy joven: la especialidad histórica de la librería de su padre influyó no poco en esa vocación.

Otra distracción de nuestro escolar era la descripción de sus camaradas; pero recién a los 17 años trató de penetrar en el secreto de sus almas, escribiendo verdaderos estudios psicológicos en el diario que llevaba de su vida. He aquí algunas líneas escritas en 1861: “Yo amo, tengo necesidad de amar. Es hacia el colegio donde dirijo la vista. Aquí no piensan a mi modo, pero viven como yo y quizás comprenden mi pensamiento algunas veces”.

Hablando de uno de sus camaradas, se expresa así: “No tiene mucho ingenio ni gran talento, pero es buen mozo y tiene un buen sastre. No lo desprecio yo, al decir eso. ¡Cuántos se habrá visto que tienen menos talento que él, y no poseen buenos modales ni lindos trajes para ocultar su necesidad!”.

En pocas palabras: Anatole France se mostraba rebelde ante las reglas y disciplinas escolares; ocupado como estaba en buscar poesía viviente a su alrededor, cumplía de mal talante con las tareas que no le interesaban.

Le atraía todo aquello que no tuviera carácter de lección obligatoria; se pasaba horas enteras leyendo a La Rochefoucauld para ofrecer a su madre un ramillete de las máximas más intere-

santes que escogía; o bien hacía una cuidadosa traducción de alguna égloga de Virgilio, dedicada siempre a su madre.

En la clase de redacción y cuando su amor propio estaba en juego, se esmeraba produciendo composiciones que merecían ser guardadas en los archivos del Colegio, donde figuran hasta nuestros días. Tales: “La leyenda de Gutenberg”, narración escrita en 1859; un ensayo histórico sobre León X; la “Leyenda de la reclusa” en 1860; la “Leyenda de Santa Radegunda” (su primer obra impresa y que ya no es posible hallar); por fin, en 1861, una versión sobre “El gusto de los jardines” y una “Meditación sobre las ruinas de Palmira” que es el trozo más acabado de sus producciones de escolar y que mereció un lugar en el Libro de Oro de su profesor.

Pero la escuela que formó al futuro gran escritor era el hogar paterno.

El padre de France, un autodidacta, se había constituido en el archivista de la Revolución Francesa. Su librería era un círculo literario frecuentado por intelectuales; los hermanos Goncourt, el crítico Paul de Saint-Víctor y el bibliófilo Jacob eran los clientes más asiduos que iban a consultar al librero como quien consulta a una enciclopedia viviente. El viejo France, presidente honorario del círculo, contaba apasionantes episodios históricos, que eran escuchados también por el pequeño Anatole, quien dejaba sus lecciones para no perder detalle de la conversación; así amasó las primeras parcelas de su vasta erudición que desparrramó luego en su producción literaria.

En contacto con su padre, un bibliófilo con 20 años de práctica, Anatole aprendió a conocer los libros y a apreciar su contenido así como su exterior: la encuadernación. Leía desordenadamente cuanto libro caía en su poder preferentemente los de historia. Cuando tenía alguna contrariedad o estaba fastidiado por un deber del Colegio, tomaba un libro y ahogaba así su pena.

El furor de la lectura que lo acompañó hasta los últimos años de su dilatada existencia, tenía sus inconvenientes en aquellos días: los autores y temas más dispares iban a su mente en peligroso amasijo.

Aguijoneado por la pasión de la bibliofilia, destinaba cuanto dinero caía en su poder a la compra de libros, con preferencia en ediciones raras; así fué formando una biblioteca al lado de la de su padre. Cuando no tenía dinero, recurría al robo; como era el encargado de abrir los cajones que llegaban, se apropiaba de los ejemplares más costosos que iban a engrosar su colección.

Entre los 15 y los 17 años, Anatole France hizo 2 viajes a la provincia de Normandía; la correspondencia que enviaba a sus padres desde su punto de veraneo es de gran interés, pues denota la curiosidad que sentía por todo lo antiguo. No describía en sus cartas los menudos incidentes de las excursiones, como haría otro niño de su edad. Con la seriedad de una persona mayor hablaba de las iglesias de arquitectura gótica que había visitado y exponía con lujo de detalles las reminiscencias literarias e históricas que le despertaban.

Esta costumbre de llenar el presente con evocaciones del pasado no la perdió con el andar de los años; al contrario, se robusteció; y el gran escritor de pocos años después, adornó con flores de erudición muchas de sus páginas inmortales.

Una de las cartas a que me refiero, estaba destinada a felicitar a su padre, que logró asistir a una sesión de la Academia Francesa. Porque el pequeño Anatole admiraba a los académicos y 2 años antes lo había demostrado dibujando algo muy significativo en la última página de la "Leyenda de Gutenberg": al lado del Sena, un pequeño cuadrado representaba la librería de su padre, un cuadrado más grande la Cúpula y una línea recta unía ambos cuadrados: 38 años tardaría Anatole France en hacer el camino representado por esa línea recta, pues recién en 1896 fué llamado a ocupar su sillón de Inmortal.

No dejaré de señalar una amistad que el gran escritor cultivó desde su más tierna infancia. Santiago Charavay, librero de profesión, que fué su padrino, tenía un hijo llamado Esteban; con él vivió Anatolio en fraternal intimidad, y aunque Esteban era menor con 4 años, se llevaban bien, por la perfecta comunidad de gustos e ideas que tenían.

Pero el destino de ambos no fué igual; la vida que le sonreía

a Anatole France, se encarnizaba con Charavay; a los 19 años de edad debió éste hacerse cargo de su familia, por la muerte de su padre.

Esteban era un joven estudioso y trabajador que siguió los cursos de la Escuela "des Chartes" graduándose de archivista paleógrafo. Muerto su padre, hízose cargo de la dirección del "Amateur d' autographes" y puso las columnas de la revista a la disposición de Anatole France. Este aceptó el ofrecimiento y envió su colaboración regular a lo que constituía su primer tribuna literaria.

Es curioso observar que esas primeras páginas ofrecidas al público eran de juicios críticos exclusivamente. Se ocupó de analizar las obras que iban apareciendo y tuvo el buen gusto de encargar a su imaginación una buena parte de la tarea; cualquier pretexto servíale para apartarse del tema y hablarnos de sus gustos particulares. Hace pública su admiración por la civilización greco-latina, censura al cristianismo triunfante por haber predicado el desprecio de la carne; también nos habla de una "raza robusta y alegre" de escritores, entre los que coloca en primer lugar a Rabelais.

En contacto con Esteban Charavay, Anatole France va puliendo sus conocimientos y esbozando su personalidad literaria; lee a los enciclopedistas y a los filósofos, especialmente a Voltaire, a quien tanto le debe.

No se puede amar sino lo que se conoce. Anatole France, que llegó a conocer a fondo el siglo XVIII, lo amó con pasión, quizás porque veía en él reflejos de la voluptuosidad pagana.

Pero sería un error creer que el novel escritor se desligaba del presente. En sus artículos no desprecia ocasión para burlarse del emperador Napoleón III y sus ministros, así como para reafirmarse en su fe republicana.

Veamos un poco de su vida económica.

Los artículos críticos de que acabo de hablar no eran lucrativos. En 1868 publicó un trabajo sobre Alfredo de Vigny que tampoco le reportó mayores beneficios económicos. En cambio pudo ganar algún dinero por sus colaboraciones al Larousse y

por los trabajos bibliográficos que hacía por encargo de Bachelin-Deflorenne, que significaban unos 100 ó 150 francos mensuales.

En ese entonces Anatole France concibió un magno proyecto: la publicación de una "Enciclopedia de la Revolución" en 12 volúmenes, que aparecería en cuadernos semanales de 32 páginas. Nadie más indicado que Anatole France para dirigir la empresa, por los sólidos conocimientos que había adquirido sobre ese episodio de la historia de Francia, al lado de su padre.

La parte financiera de la obra sería atendida por el banquero Joublin; pero la empresa fracasó lamentablemente y no se volvió a hablar más de ella.

Ya cumplidos los 20 años, Anatole France escribió varios poemas y sonetos en honor de una mujer que había encendido una pasión en su corazón. El poeta usa el verso alejandrino y excepcionalmente el octosílabo. Se nota en esas composiciones la influencia de Lamartine, Gautier, Leconte de Lisle y especialmente la de Víctor Hugo, a quien admiraba mucho.

Un documento literario de inestimable valor es un drama de corte romántico, que France comenzó a redactar a los 20 años y que no terminó. Se titula *Sir Punch*, desarrollándose la acción en la ciudad de Londres.

No nos quedan más que las 3 primeras escenas completas, que bastan sin embargo para revelar un lirismo truculento mezclado con una buena dosis de fantasía; lástima grande que no haya sido terminado.

Llegó el año 1870. El escritor contaba 26 años de edad; desde los 21, llevaba una vida de ensueño y repartía sus horas entre la poesía y la erudición que adquiría en contacto de su fiel amigo Charavay.

Declarada la guerra con Prusia, este último parte al frente, mientras que France, declarado inepto para el servicio de la guerra por debilidad constitucional, se queda en París como guardia nacional. Muy poco sabemos de la vida que llevó en las filas.

Cuando estalló la revolución de la Comuna, los sublevados quisieron enrolarlo a la fuerza; pero France, que no estaba dispuesto a formar con ellos, se alejó de la capital con un pasapor-

te falso. Pasó un mes en Ville d'Avray, de donde regresó ni bien pasada la tormenta.

Tal vez sea poco conocida una de las aspiraciones juveniles del escritor: la de ser funcionario. Quería hacer carrera en la Biblioteca del Senado, para lo cual solicitó un cargo al marqués de Hautpoul.

Fracasada esa gestión, resolvió pedir un puesto no retribuído en la misma Biblioteca, cosa que tampoco pudo conseguir, a pesar de las buenas recomendaciones que atestaban su capacidad.

Errado ese camino, volvió a sus antiguas ocupaciones: "L' amateur d'autographes" que en 1873 cambió ese nombre por el de "Revue des documents historiques", siguió recibiendo el concurso de su pluma ágil y elegante; ocupación ésta de todo su agrado pues le permitía, en absoluta libertad de acción, exhibirse en sus temas favoritos y en la evocación del pasado.

Desde 1869 a 1871 rimó bastante y encontrando esos versos mejores que los anteriores, resolvió publicarlos; así aparecieron en 1873, editados por Lemerre, los "Poemas dorados".

Este libro de poesías señala su verdadera aparición en el campo de las letras y le abre de par en par las puertas del Parnaso, cuyo jefe, Leconte de Lisle, le dispensa una viva admiración.

Anatole France, que supo imponerse por méritos propios en ese medio literario, se erigió en el teórico de los parnasianos. En un artículo célebre expuso los fundamentos de la "poesía objetiva", proscribiendo la imaginación en beneficio de la realidad: este sistema llegó a ser el santo y seña de la nueva escuela.

Con la popularidad adquirida, el joven poeta se codea con los escritores en boga; comienza a participar en algunos viajes de vacaciones literarias, en cuyas veladas los poetas reunidos en círculos leen sus versos.

En 1876 aparecen las "Bodas corintias" y a los pocos meses, cuando ya tenía olvidada su antigua petición, recibe una carta de la cuestura del Senado, donde se le comunica el nombra-

miento de empleado de la Biblioteca con un sueldo de 2200 francos anuales.

Podemos decir que en este momento empieza una nueva etapa de la vida literaria de Anatole France. Porque la poesía cuenta poco en su personalidad; más aún, él mismo no se considera poeta: "He escrito versos —dijo en una ocasión— pero no soy poeta. No pienso en verso, sino en prosa y convierto mi prosa en verso. Los verdaderos poetas piensan directamente en verso. Esa es la señal".

Consideraba la poesía como una locura juvenil, como una antesala en el palacio de las Letras, donde se pule el lenguaje y se refina el gusto, para recién pasar a la prosa, la única digna de los hombres serios.

Una vez dijo a su secretario, Brousson: "Siempre se empieza demasiado pronto, hijo mío... Un buen prosista no debe dar nada a publicidad antes de los 50 años: no sabe su idioma. En cuanto al poeta, ocurre todo lo contrario: empieza siempre demasiado tarde, porque la razón es enemiga de la poesía".

Es muy difícil clasificar dentro de un orden definido la vasta e interesante prosa de Anatole France. Unos lo consideran novelista, otros moralista; también podría pasar por crítico literario. El calificativo "dilettante" vendría mejor que los anteriores.

Desde pequeño, según dije más arriba, vivió en trato con los libros y entre ellos pasó sus mejores horas; leyó mucho y precisamente por haber leído tanto, llegó a saber que nada sabía: los libros, en vez de aclarar su mente ávida de comprenderlo todo, le habían sumido en las tinieblas de la duda.

Viviendo y manejando los viejos infolios adquirió un profundo sentimiento del transcurso de las cosas y de la nulidad de todo. "He adivinado —escribe— que los seres no son más que imágenes cambiantes en la universal ilusión y desde entonces he sido propenso a la tristeza, a la dulzura y a la conmiseración".

He ahí el origen del escepticismo que florece en todas sus páginas. Detestaba ver accionar a los hombres, pues los veía impulsados por ilusiones; apreciaba en cambio el sabio razonamiento que desligándonos de las mentiras diarias nos hace mejores para con nosotros y nuestros semejantes.

Tan consecuente fué con ese principio que es difícil encontrar trama, aún en sus novelas. El autor se deja llevar por su rica fantasía y a propósito de cualquier insignificancia deja personajes y argumento, para contarnos alguna sabrosa leyenda de la antigüedad greco-latina o bien una aventura personal.

Porque Anatole France no se describe sino a sí mismo. En cada uno de sus libros tiene un personaje central en quien ha delegado toda su simpatía y por cuya boca expone sus reflexiones y sus puntos de vista: así, Silvestre Bonnard, el abate Jerónimo Coignard y el señor Bergeret, tras de los cuales es muy fácil reconocer al autor.

Su primer ensayo en la novela data de 1879, en que publicó "Yocasta" y "El gato flaco", revelándose como un magnífico estilista. Su segunda novela fué "El crimen de Silvestre Bonnard" (1881), que mereció ser premiada por la Academia Francesa; luego "El libro de mi amigo" (1885), donde describe con un encanto exquisito sus años de niñez; y de ahí sabemos que "ningún pajarito se frotó más deliciosamente que él en el vello de su nido"; "Thaïs" (1890), donde pinta las costumbres alejandrinas, el helenismo agonizante y la vida de los primeros cristianos; "El figón de la reina Patoja" (1893), considerada por algunos su obra maestra; "El lirio rojo" (1894), que es una evocación de la Italia de los siglos pretéritos; "El jardín de Epicuro" (1896), verdadero breviario de escepticismo; la "Historia Contemporánea" en 4 volúmenes titulados "El olmo del paseo", "El maniquí de mimbre", "El anillo de amatista" y "El señor Bergeret en París".

Después vienen en orden cronológico los 4 volúmenes de "La vida literaria" sobre los cuales me voy a detener un poco, porque presentan a Anatole France bajo un aspecto diferente, al menos en apariencia: el de crítico literario.

Y digo en apariencia porque el autor nunca deja de ser él mismo. Su crítica no es la fría, impersonal y con pretensiones a científica a que se estaba acostumbrado entonces.

Son artículos publicados en el diario "Le temps" y que lue-

go fueron reunidos en 4 volúmenes para constituir su "Vida literaria".

La calificación de crítico impresionista es la que mejor cuadraría en este caso. Anatole France sabía que los críticos, hombres al fin, nunca podrán compenetrarse con exactitud del pensamiento del que escribe y que sus artículos no son más que un reflejo de su propia personalidad.

Su "Vida literaria", que según propuso alguien, más bien debía llamarse "Viaje sentimental del señor France a través de los libros", no es más que un diario íntimo. El autor menciona el libro que le ocupa y hace ademán de aplicarse seriamente a él; pero con espíritu juguetón abandona pronto el tema y tomándose de cualquier pretexto evoca los años de su infancia y adolescencia, nos cuenta sus aventuras de escolar; o bien nos habla de la adquisición de un libro raro que acaba de hacer o de una conversación que sorprendió en alguna parte. Y todo ello mezclado con citas históricas y datos numerosos que delatan su versación en todas las materias.

La suya es una erudición que no cansa porque sabe administrarla con gran tacto y fineza. Era su espíritu un laboratorio precioso donde todos los pensamientos entraban para sufrir un refinado proceso en virtud del cual salían más expresivos y más pulidos. Solía decir que todas las artes, más aún, todas las grandes creaciones humanas exigen una vasta erudición. "La erudición engendra, la ignorancia es estéril, vuelve al hombre malo y bajo".

Volviendo a la bibliografía del escritor, citaré otras obras muy importantes: "Clio" (1900), cuentos; "Crainquebille" (1902); "Putois, Riquet" (1904); "Opiniones sociales" (1902); "El partido negro" (1904); "La Iglesia y la República" (1905); "Historia cómica" (1903), novela; "Sobre la piedra inmaculada" (1905); "Vida de Juana de Arco" (1908), que tanto dió que hablar, "La isla de los pingüinos" (1908); "Las siete mujeres de Barba Azul" (1909); "Los dioses tienen sed" (1911); "El estuche de nácar"; "La revuelta de los ángeles"; "El genio lati-

no”, “El pequeño Pedro” (1919), de carácter autobiográfico, y “La vida en flor”, que es el último libro que escribió.

Sería injusto silenciar el papel que una mujer representó en la vida del gran escritor. Me refiero a Mme. Arman de Caillavet, quien durante unos 30 años estimuló el genio de France, fué su musa inspiradora, y según ella, hasta habría escrito la tercera parte de su obra.

Esa mujer espiritual fué la confidente y amiga de Anatole France, quien pasó sus mejores días en compañía de ella. Cuando supo que su compañero, ya en plena vejez, la iba a dejar por otra mujer, éstas fueron sus palabras impregnadas de dolor y reproche: “Yo no puedo abandonarlo. ¡Todo me lo debe! Soy yo quien lo ha elevado y hecho académico. No era conocido de nadie antes de que yo le enseñara a anudarse la corbata, a besar convenientemente la mano a las señoras, a pelar como es debido una fruta. ¡Un pobre archivista! ¡Un hijo de cambalachero de libros que vivía entre los papelotes! ¡Y allí estaría todavía si yo no lo hubiera distinguido!

Cuando Mme. Arman de Caillavet hubo fallecido en Enero de 1910, recién se dió cuenta Anatole France de la magnitud de la pérdida sufrida. Semanas enteras permaneció sumido en una angustia moral que casi lo lleva al suicidio; ya no escribía; pasaba días enteros sin abandonar el lecho; apenas si comía y bebía.

El doctor Couchoud, un íntimo amigo que lo visitaba en esas horas inciertas, le hizo ver la necesidad que tenía de una “hermana de caridad del espíritu”. Pronto apareció ésta bajo la forma de una escritora húngara, Mme. Bölöni, más conocida por el seudónimo de Sándor Kémeri.

En compañía de ésta emprendió un viaje a Italia, que le devolvió la salud y el optimismo. Visitó Nápoles, Roma, Ravena, Florencia, Parma, Milán, Perusa y Asís. Pasó horas deliciosas contemplando las obras maestras con que los renacentistas italianos poblaron los museos y así, en contacto espiritual con los magos del cincel y de la paleta, curó su espíritu convaleciente.

Anatole France no era un simple “amateur” de las artes plás-

ticas. Tenía profundos conocimientos de esas manifestaciones de lo Bello y sabía hacerlas amar a los demás, aún a los hombres más simples y atrasados. Se cuenta la siguiente anécdota: Estando un día en el Museo de Nápoles ve a un guardián que no pudiendo disimular más su aburrimiento, se deshace en bostezos. Se acerca el escritor e indicándole una estatua de Minerva que había al lado, le muestra la pureza de líneas y la armonía del conjunto.

Tan bien le habla, que el pobre guardián le ruega que le indique un libro donde poder instruirse al respecto, manifestándole que en los tres años que llevaba en el Museo, no se había dado cuenta de tanta belleza, que ahora ve claramente.

Tal vez nunca haya tenido lo Bello un servidor más fiel que Anatole France. Hallándose éste en Roma, se expresa así: “Yo no busco más que la belleza. Podía haber dicho: la verdad. Pero para mí la verdad es la belleza, el brillo que de ella emana. Sin embargo, si alguna persona poco comprensiva insistiera, yo diría: si fuera menester elegir entre la belleza y la verdad, no vacilaría. Me quedaría con la belleza, en la seguridad de que lleva en sí una verdad más elevada y más profunda que la verdad desnuda. Me atrevería a decir que no hay de verdadero en el mundo más que lo bello. Si no penetramos en la belleza, no conoceremos jamás la gran verdad del pasado, ni del presente ni del porvenir”.

Fuera de estas esplendentes manifestaciones artísticas, Anatole France no cree en nada. Su filosofía es un nihilismo sonriente. Nada existe por sí solo; todo es apariencia y simulacro. “Estamos vanamente agitados por mentiras”, ha dicho Eurípides, y el gran estilista francés reedita a su modo la frase del poeta griego.

El que fuera a buscar la filosofía de Anatole France coordinada en un sistema, se llevaría un chasco; desde niño destetó los sistemas, así como los dogmatismos.

Para él la metafísica no existe: los tratados de metafísica son novelas, más divertidas que las otras, pero no más verdaderas.

Tampoco existe la moral: hay únicamente costumbres, que cambian de siglo en siglo y de país a país.

Ni siquiera cree en la ciencia: la observación del sabio se detiene ante la apariencia y el fenómeno, sin poder penetrar en la substancia ni conocer la verdadera naturaleza de las cosas. “Un ojo armado de un microscopio —escribe— no deja de ser un ojo humano. Ve más que los otros ojos, pero no ve de otro modo. “El sabio multiplica las relaciones del hombre con la naturaleza, pero le es imposible modificar en nada el carácter esencial de esas relaciones. El ve como se producen ciertos fenómenos que nos escapan, pero no le es dado, igual que a nosotros, saber por qué se producen”.

Cree que es un grave error pedirle una moral a la ciencia. Sabemos hoy en día qué gases arden en la superficie de las lejanas estrellas; sabemos que sin cesar nacen y mueren los astros y que nuestro planeta no es más que una mísera gota de barro. Pero a pesar de esos magníficos descubrimientos, nuestra moral en nada ha cambiado: las madres no hay dejado de amar a sus hijos, seguimos apreciando la belleza de las mujeres y el corazón sigue latiendo en el pecho de los héroes.

Se expresa así: “Que la tierra sea grande o pequeña, no le importa al hombre. Es bastante grande, puesto que en ella se sufre y se ama. El sufrimiento y el amor, he ahí las dos fuentes gemelas de su inagotable belleza. ¡El sufrimiento: qué divino desconocido! Le debemos todo lo que hay de bueno en nosotros, todo lo que da valor a la vida; le debemos la conmiseración, le debemos el coraje, le debemos todas las virtudes. La Tierra no es más que un grano de arena en el desierto infinito de los mundos. Pero si no se sufre más que en la Tierra, ella es más grande que todo el resto del mundo. ¿Qué digo? Ella es todo y el resto es nada. Pues en otra parte no hay ni virtud ni genio. ¿Qué es el genio, sino el arte de encantar el sufrimiento?”

Anatole France combate a continuación a los que, como Renán, habían depositado una confianza ilimitada en la moral científica; la ciencia podrá perforar las montañas, pero no divinizar al hombre; por otra parte, él no quería ser divinizado. Decía:

“Yo no siento en mí la pasta de un dios, por pequeño que sea. Mi debilidad me es querida. Me atengo a mi imperfección como a mi razón de ser”.

Voy a describir el retiro del gran escritor: Villa Saïd, situada en una tranquila calleja abierta en la avenida del Bosque de Bolonia.

Villa Saïd era todo un museo; su dueño la había adornado con cuanta obra de arte y chuchería había encontrado, especialmente en sus viajes por Italia.

La puerta pintada de verde era de una curiosa factura. El tirador de la campanilla era de bronce: figuraba un busto florentino cuya gracia acogía amistosamente al recién llegado. El buzón de las cartas estaba sellado con medallas antiguas.

Los numerosos visitantes que iban a ver al príncipe de las letras francesas, debían pasar ante los ojos de Josefina, la vieja ama de laves. Este cancerbero que llegó a ser una figura popular entre los “habitúes” de Villa Saïd, cuidaba a su amo como quien cuida a una criatura; se quejaba cuando lo veía leer hasta muy entrada la noche y lo reconvenía maternalmente al verlo abandonarse por cultivar su pasión por los libros.

Apenas traspasada la puerta, se adivinaba que allí debía vivir un hombre de refinado buen gusto y sabio coleccionador.

El vestíbulo estaba lleno de verdaderos tesoros artísticos: pinturas italianas clasificadas por escuelas, esculturas del Renacimiento y de estilo gótico (“ojival” como decía él, que nunca pronunció la palabra “gótica”); había cerámicas persas, hindúes e italianas y bajos relieves en bronce.

Su orgullo lo constituía una estela que había hecho traer de Atenas. Así como los griegos antiguos elevaban sus monumentos funerarios al borde de los caminos, para recordar cuál es el fin de todo mortal, así Anatole France había puesto esa preciosa escultura cerca de la escalera, para recordarse a sí mismo que la vida no es más que una ilusión.

Relacionada con esa antesala adornada con tanto esplendor, cuéntase una graciosa anécdota:

Una joven estudiante rusa, recién llegada a París, quería ver

a Anatole France, atraída por la fama de aquel que en sus libros demostraba ser amigo de los humildes y de los que sufren. Provista de una buena recomendación se dirige a Villa Saïd, donde la recibe Josefina. Esta sube al piso alto para prevenir al amo, quien da orden de hacer pasar a la visitante.

—¡Suba Vd.!, le dice desde arriba la criada. Pero no le responden. Josefina, un tanto inquieta, vuelve a bajar. En la antesala no hay nadie. Busca por el comedor, por el salón. Nadie.

Anatole France interroga a la criada. — “Señor, no lo comprendo. He mirado por todas partes y no doy con ella. Se ha ido. ¡Será alguna chiflada!”

Más tarde supieron lo ocurrido. La joven estudiante se quedó asombrada al ver el refinado lujo de aquella antesala principesca; se había imaginado al apóstol de los humildes viviendo en mayor sencillez y no podía creer que la pasión por lo bello existiera junto a la sensibilidad del corazón. De modo que ni bien quedó sola, abrió suavemente la puerta y se fué, sin aguardar a que la recibieran. Nunca más la volvieron a ver.

La escalera que conducía al primer piso, donde se encontraba el dormitorio y la biblioteca del Maestro, lucía unas vidrieras antiguas. Un estrecho corredor lleno de libros separaba ambas habitaciones. La biblioteca tenía una vieja puerta maciza que fué traída a precio de oro de un célebre palacio del norte de Italia.

Es en la biblioteca, en la “librería” como solía decir, evocando a Montaigne, donde recibía con predilección. Los Miércoles eran los días democráticos y el Maestro acogía a los más diversos ejemplares humanos que allí tenían libre entrada: literatos, artistas, bibliófilos, políticos, anarquistas españoles y nihilistas rusos.

Anatole France, de quien bien puede decirse que “nada humano le era extraño”, tenía vivo deseo de conocer y penetrar a fondo en esos modelos diversos que iban a posar a su casa, como en el taller de un pintor.

Era un conversador amenísimo: “Cuando hablaba, buscaba las palabras, vacilaba, se atropellaba un poco, se ayudaba con la mano, frotando el pulgar entre los primeros dedos, se corre-

gía. Todos los que lo han abordado han comprobado su sensibilidad tan viva, su don innato de compartir las alegrías, los ensueños o las preocupaciones de los demás, su prontitud en socorrer y alentar. El no podía físicamente soportar el sufrimiento del prójimo. Hábil para burlarse de los satisfechos, sentía en carne propia el sufrimiento de los pobres". (Couchoud).

Dos diosas tenía, a quienes rindió culto toda su vida y que le servían de instrumento al mismo tiempo: la Ironía y la Comiseración.

La ironía que él invoca no es cruel; al contrario, es dulce y benevolente y como siempre sonrío, vuelve amable la vida; su risa calma la cólera y enseña a burlarse de los malvados y de los necios, que en otra forma se tendría la debilidad de odiar. La comiseración, su segunda deidad, es la que llora y hace sagrada la existencia.

Porque Anatole France, como Rabelais, es un enamorado de la vida y la ama en todos sus aspectos: buenos y malos. El no comprende a los que dicen que la vida es buena o es mala; para él, es ambas cosas a la vez; tiene sus momentos deliciosos, horribles, encantadores, espantosos, dulces y amargos. Pasa con la vida como con el arlequín de Florian: uno lo ve rojo y el otro lo ve azul y los dos lo ven tal cual es, porque es rojo, azul y de todos los colores.

Lo que sucede es que nadie se conforma con su suerte. La enfermedad, las penas, las preocupaciones del dinero, devoran a los mortales. Los que poseen, temen perder y son más infortunados que los que no poseen. Los oscuros quieren brillar; los ilustres, brillar aún más. En fin, los que no tienen males reales, los tienen imaginarios.

Lo mejor, en consecuencia, es aceptar nuestra condición actual. Ni siquiera debemos apetecer las grandes felicidades; nos podría ocurrir lo que el mismo Anatole France relata bajo la forma de un cuento oriental:

"Un joven mercader de Bagdad, estando una mañana en el lecho, se sintió muy amoroso y pidió a grandes voces, ser amado por todas las mujeres. Un demonio que le oyó, se le apareció, di-

ciendo: Tu deseo será cumplido. A contar desde hoy serás amado por todas las mujeres.

Enseguida el joven mercader saltó de la cama, gozoso, prometiéndose placeres inagotables y variados y bajó a la calle. Apenas dió unos pasos cuando una vieja horrible que filtraba vino en un sótano, encendida a su vista en un ardiente amor, le envió besos por el tragaluz. El apartó la cabeza con disgusto, pero la vieja, tirándolo por una pierna, lo metió en el subterráneo, donde lo tuvo encerrado durante 20 años”.

Anatole France amaba el mundo tal como es y no deseaba el advenimiento de un reino de Utopía, en que sólo imperara el bien. Consideraba el mal como necesario; si no existiera, el bien no existiría tampoco, como no existiría la virtud sin el vicio, el amor sin el odio, la belleza sin la fealdad. Se expresa así: “El mal es necesario al bien, como la sombra a la luz; la virtud está en el esfuerzo y si no hubiera ningún Diablo a quien combatir, los santos andarían tan ociosos como los pecadores. Se aburrirían mortalmente”.

Yendo más lejos aún, Anatole France aplaude el vicio: “La vida sin vicio no es más que languidez, abatimiento y tristeza. El vicio es la única distracción que se pueda gustar en este mundo; el vicio es el colorido de la existencia, la sal del alma, la chispa del ingenio. ¿Qué digo? El vicio es la sola originalidad, la sola potencia creadora humana; el vicio es el único bien propio del hombre, su real patrimonio, su verdadera virtud, en el sentido propio de la palabra, puesto que virtud es el hecho del hombre (virtus, vir)”.

A continuación da la definición de lo que entiende por vicio: “Llamo vicio a una disposición habitual a lo que la mayoría considera como anormal y malo; es decir: la moral individual, la fuerza individual, la virtud individual, la belleza, el poder, el genio”.

Como he dicho más arriba, Anatole France fué elegido miembro de la Academia Francesa en 1896.

Si por él fuera, nunca pediría el sillón de Inmortal. Cuando

niño, los admiraba; pero llegado que hubo al pináculo de su gloria, sabía cuanta vanidad se encerraba en el Palacio Mazarino.

Los detalles de su elección de miembro académico fueron contados por él mismo en una de las tertulias de Villa Said y cuidadosamente recogidos. Helos aquí: Ludovico Halevy, que le profesaba fraternal amistad, acostumbraba a decirle: “¿Por qué hacerle ascos a la Academia? Es menester pertenecer a ella; el título de académico sienta muy bien en las cubiertas de los libros. Preséntese. Hágalo por mí. Me da vergüenza ser Inmortal, no siéndolo Vd”.

Tanto porfió, que al fin France redactó su candidatura y fué a leerla. — “Hombre — le dijo — su carta no es protocolaria. Tráigala acá que yo le dé unos toques, a fin de ponerla a la moda”. Y deliberadamente metió en ella tres o cuatro faltas garrafales de francés.

— “Este es el estilo que conviene, dijo. Pero aún no está todo. Falta saber los votos que tendrá Vd. a su favor”.

Trazó una lista y vió que la lucha iba a ser difícil. Anatole France empezó a hacer las visitas correspondientes bajo la dirección de Halevy. Todos los días recibía una esquila suya que decía: Vaya a ver a éste. Vuelva a ver a aquel.

Un día llegó Halevy radiante de júbilo, diciendo: “Los duques ya son nuestros. Hay dos sillones vacantes. La extrema izquierda de la Academia presenta la candidatura de Vd. para uno de ellos. Los duques presentan para el otro a un hidalguelo de rancia estirpe, pero completamente ignorante. Trabajo va a costarles imponerlo.

Nosotros les hemos dicho: —¿Quieren Vds. que la extrema izquierda vote a favor de su hidalgo? Pues voten al anarquista Anatole France. Tráguense la casia y nosotros nos tragaremos las hojas de sen. Ellos se han avenido a razones. Hágales Vd. su visita a los duques que ya están prevenidos. Pero ¡mucho ojo!, no les hable de política ni de religión. Dígales más bien: “¡Qué buen sol hace hoy!” (o “¡Hace viento!”), “¡Está lloviendo!”), “¡Está helando!”). Pregúntele Vd. a la dueña de casa por su perrito y

sus macacos. Las mismas recomendaciones le han hecho al hidalgo sus amigos”.

Todo sucedió según estaba previsto. El anarquista y el gran señor fueron elegidos el mismo día y por los mismos votos.

Pero el gran escritor no hizo mucho caso de la elección; el título no le sirvió más que para adornar la cubierta de los libros, pues él muy pocas veces concurría a la Academia.

La fama universal que adquirió France, se debe más que nada a su estilo literario, que es una maravilla de simplicidad y colorido. El sabía que la afectación es una pintura que recubre a las nulidades.

El mismo France, al ocuparse del asunto en su “Jardín de Epicuro”, dice que no hay estilo simple; hay estilos que parecen simples, lo cual no se debe a su pobreza en elementos, sino a que éstos forman un conjunto de partes tan íntimamente unidas que es imposible distinguirlos. Lo define así: “Un buen estilo es como este rayo de luz que entra por mi ventana en el momento en que escribo y que debe su claridad pura a la íntima unión de los 7 colores de que está compuesto. El estilo simple es parecido a la luz blanca: es complejo, pero no lo parece”. En una palabra, esa simplicidad tan deseada por los escritores “no es más que una apariencia que resulta únicamente del buen orden y de la economía soberana de las partes de la oración”.

Había conquistado el escritor fama de erudito y no en balde; pero la admiración hacía creer a las gentes que no había ciencia que no dominara a fondo.

Un crítico de una gran revista fué a entrevistarle cierto día con el objeto de escribir un documentado estudio sobre su formación intelectual. Entre otras cosas le dijo lo siguiente:

—“En muchas de sus obras y sobre todo en el Jardín de Epicuro, demuestra Vd. poseer conocimientos científicos profundos. La astronomía, por ejemplo, le es a Vd. familiar. ¿Podría indicarme en qué tratados la estudió?”

—“Claro que sí. Es muy sencillo. Consulté un libro de Camilo Flammarion que se titula, según creo, “La astronomía ex-

plicada a los niños”. Pero no, me equivoco, el título exacto es éste: “La astronomía popular”.

Por poco el crítico se cae al suelo.

—“También — continúa el escritor — saco mi erudición más sólida del Diccionario Larousse. Sí, señor; el Diccionario Larousse es una publicación muy útil”.

Viendo que el crítico no salía de su asombro, le dice France, a quien la entrevista ya estaba divirtiendo:

“Mi querido señor, lo importante no es quizás mi bagaje científico, que es liviano, sino más bien la repercusión de los descubrimientos modernos en una sensibilidad que se ha formado en un largo comercio con los autores gentiles, sutiles y humanos de nuestro país”.

Y enseñándole los libros viejos que atestaban los estantes de su biblioteca:

“Aquí tiene Vd. mis fuentes. No encontrará ahí sino escritores grandes o amenos que hablaron en buen francés, es decir, que pensaron bien. Porque lo uno corre parejo con lo otro. Yo he procurado decir lo mejor posible, a propósito de lo que veía o aprendía en mi tiempo, lo que esos grandes ingenios de antaño habrían dicho, de haber visto y aprendido las mismas cosas”.

En efecto, siempre trató de conocer, aunque sólo fuera superficialmente, las más diversas actividades humanas. La curiosidad lo llevaba a interesarse por todo. Solía decir que una cosa sobre todas las demás da atractivos al pensamiento humano: es la inquietud. Un espíritu sin ansiedad lo irritaba o lo aburría.

Reprochaba a los sabios ser los menos curiosos de los hombres. Contaba que hallándose en una gran ciudad europea, fué a visitar las galerías de Historia Natural, en compañía de uno de los conservadores del Museo. Este, muy atento, le hizo una descripción detallada de los zoolitos, instruyéndolo hasta llegar a los terrenos pliocenos; pero cuando llegaron ante los primeros vestigios del hombre, apartó la vista, declarando que esa no era su vitrina. France, notando la indiscreción que había cometido, se prometió no interrogar nunca más a los sabios sobre los secre-

tos del Universo que no están en “su vitrina”. Eso no les interesa....

Conocer a fondo al gran escritor, implica conocer la pasión más fuerte que lo ha poseído desde su niñez: la bibliofilia. Tal vez ningún hombre haya amado los libros como Anatole France.

Como toda pasión, esa también tenía una buena dosis de locura. El mismo se encarga de decirnos que, a pesar de todo, no cree mucho en los libros, puesto que bajo su apariencia de magna sabiduría se esconde no poca vanidad.

Estas son las palabras que pone en boca de uno de sus personajes, director de una biblioteca de 800.000 volúmenes: “¿No oís el ruido que hacen esos libros? Ya tengo los tímpanos rotos. Hablan todos a la vez y en todas las lenguas. Disputan sobre todo: Dios, la naturaleza, el hombre, el tiempo, el número y el espacio, lo conocible e incognoscible, el bien, el mal; ellos examinan todo, ponen en duda todo, afirman todo, niegan todo. Razonan y desatinan. Los hay livianos y graves, alegres y tristes, abundantes y concisos; varios hablan para no decir nada, cuentan las sílabas y reúnen los sonidos según leyes de las que ignoran ellos mismos el origen y el espíritu: son los más regocijados. Los hay de una especie austera y triste que no especulan más que sobre objetos despojados de toda cualidad sensible y puestos cuidadosamente al abrigo de las contingencias naturales; se debaten en el vacío y se agitan en las invisibles categorías de la nada y son esos encarnizados disputadores los que emplean, para sostener a sus entidades y sus símbolos, un furor sanguinario. En total, son 800.000 y no hay 2 que piensen exactamente lo mismo sobre ningún tema, y aquellos que se repiten los unos a los otros, no se entienden entre ellos. No saben lo más a menudo ni lo que dicen ni lo que los otros han dicho”.

Piensa Anatole France que no debemos cargar nuestra vida efímera con tantas cosas. Vivimos demasiado en los libros y no lo suficiente en la naturaleza y nos parecemos a Plinio el joven que estudiaba un orador griego mientras que ante sus ojos el Vesubio se tragaba 5 ciudades bajo las cenizas.

Pero está visto que una cosa es decir y otra es hacer. El gran

escritor no dejó por eso de coleccionar libros, especialmente en ediciones raras; así, su biblioteca llegó a ser pronto un archivo de incalculable valor.

Cuando paseaba por París a lo largo del Sena o bien cuando visitaba las librerías de viejo, adquiría cuanto volumen antiguo caía bajo su mirada, especialmente si estaba deteriorado. En este caso pegaba con amor las hojas desgarradas y regalaba el volumen a alguna persona que quisiera tratarlo con cuidado. Decía que los libros deteriorados le recordaban a los ancianos ultrajados, por eso los compraba, como si realmente cumpliera un acto de amor y piedad.

Después de todo, France pensaba que la bibliofilia es una pasión loable, aunque el que colecciona libros se parece al niño que hace montoncitos de arena en la costa del mar: las olas se llevan los montones de arena y el rematador dispersa las colecciones de libros. Si alguien tiene la culpa de ello, es la brevedad de la vida y las vicisitudes de la existencia.

He aquí el concepto que sobre el libro y la lectura tiene el gran escritor: “Un libro es una sucesión de pequeños signos. Nada más. Es el lector el que saca las formas, los colores y los sentimientos a que corresponden esos signos. De él dependerá que el libro sea obscuro o brillante, ardiente o helado. Os diré, si preferís, que cada palabra de un libro es un dedo misterioso, que toca una fibra de nuestro cerebro como la cuerda de un arpa y despierta así una nota en nuestra alma sonora. En vano la mano del artista será inspirada y sabia. El sonido que dará, depende de la calidad de nuestras cuerdas íntimas”.

Anatole France conocía la República Argentina. Vino a Buenos Aires en compañía de su secretario, Juan Jacobo Brousson, hace algunos lustros, invitado a dar unas conferencias.

Cuando recibió la propuesta, se expresó en la siguiente forma: “¿Qué voy a hacer yo entre los Hurones?” (Como buen francés, vivía en una ignorancia supina de la geografía y situaba en nuestro país a los indios Hurones de Norte América). “Yo no soy orador; soy escritor. Nada tengo de un Jaurès. No hablo bien sino de lo que sé. ¿Por qué se me hace atravesar el Océano?”

¿Para oirme como a un nuevo Orfeo? ¡No! ¡Para verme...! Son infantiles esos argentinos. Embarcan a peso de oro a nuestros grandes hombres. Quieren verlos miserables y fuera de ambiente, como nosotros nos embobamos en el Jardín Zoológico ante la jirafa o el oso”.

Cuando circuló la noticia del viaje, lo acosaron los reporteros. Les dijo: “¿Por qué voy a América? Porque nunca he estado allí. ¿Hay derecho a dejar inexplorado un rincón de este estrecho planeta? Debe desearse conocerlo todo. Tal vez encuentre allí la perfecta felicidad. Yo no he visto en mi vida mujeres más bellas que las argentinas. A la opulencia de formas unen un no sé qué de soberano. Son flores españolas, pero vigorizadas por un clima más húmedo”.

A propósito de la geografía, Anatole France la consideraba como la más vana de las ciencias. Decía: “El cerebro del hombre es débil, olvidadizo y estrecho... ¿Para qué cargarlo con nombres bárbaros, que nada agradable evocan al espíritu? Reservemos nuestras meninges para los bellos versos y para los recuerdos voluptuosos. La geografía se aprende viajando”.

Este gran hombre, modelo de cordura humana, no estaba al abrigo de las pasiones que confunden y atolondran el espíritu; por otra parte, no las temía, antes bien, las exaltaba. Consideraba que no hay nada tan bello en la vida como las pasiones, por absurdas que éstas sean.

La más bella de todas es al mismo tiempo la más desatinada: el amor.

Y da como contraprueba que hay una pasión menos absurda que las otras: la avaricia; por eso es tan horriblemente fea.

Anatole France tuvo una historia sentimental bastante larga y no siempre edificante, que se prolongó hasta bien entrada la vejez.

Hallándose en la ciudad de Parma en compañía de la señora Bólöni, confesóle a ésta que en las mujeres que le interesaron sentimentalmente, no buscaba sino a su madre. Por un impulso de piedad y reconocimiento estimaba a todas las mujeres y trataba de comprenderlas según la que le había dado el ser.

En el fondo de los sentimientos y aún de los sentidos del bello sexo encontró la ternura, la abnegación y la bondad.

France considera que la vida es muy dura para el hombre y la mujer, debido a que las cosas indispensables a la existencia son de producción difícil o de extracción laboriosa: la consecuencia es que la humanidad sufre hambre. Pero lo que más lo alarma, es que el hambre sea el enemigo declarado del amor.

Esto lo ha llevado a escribir uno de los trozos más bellos que he podido encontrar en su vasta producción literaria. Traduzco textualmente:

“Si yo hubiera creado al hombre y a la mujer, los hubiese formado según un tipo muy diferente del que ha prevalecido: que es el de los mamíferos superiores. Hubiera hecho a los hombres y mujeres no a semejanza de los grandes monos, como son en efecto, sino a imagen de los insectos, que después de haber vivido como orugas, se transforman en mariposas y no tienen, al término de su vida, otra preocupación que la de amar y ser hermosos. Yo hubiera colocado la juventud al final de la existencia humana. Ciertos insectos tienen, en su última metamorfosis, alas y no estómago. No renacen bajo esta forma depurada más que para amar una hora y morir. Si yo fuera un dios, o más bien un demiurgo, — porque la filosofía alejandrina nos enseña que estas mínimas obras son más bien la ocupación del demiurgo, o simplemente de algún demonio constructor. — si yo fuera pues demiurgo o demonio, son estos insectos los que hubiera tomado por modelos del hombre. Hubiera querido que como ellos, el hombre cumpliera primeramente, al estado de larva, los trabajos repugnantes con que se nutre. En esta fase no hubiera habido sexos y el hambre no hubiera envilecido el amor. Después hubiera hecho de forma que, en una transformación última, el hombre y la mujer, desplegando alas relucientes, viviesen de rocío y de deseo y muriesen en un beso. En esa forma, hubiera dado a la existencia mortal, el amor en recompensa y por corona. Y hubiese sido mejor así. Pero yo no he creado el mundo y el demiurgo que se ha encargado no ha pedido mi opinión. Yo dudo, entre

nosotros, que haya consultado a los filósofos y a las personas de talento”.

En el año 1921, Anatole France sintió los primeros síntomas de la grave enfermedad que debía llevarlo a la tumba: la angina de pecho.

Tuvo algunos ataques espaciados que pusieron a prueba su contextura física y moral.

Los años 1922 y 23 le fueron relativamente benignos, pero 1924 se le presentó malo desde el comienzo.

Los dolores pectorales aumentaron progresivamente y lo sumieron en una debilidad creciente. El ilustre escritor solicitaba insistentemente de su médico “una buena y corta enfermedad”; no quería sufrir y protestaba contra el prejuicio que impide a los galenos practicar la eutanasia.

Después de una larga y tenaz agonía, la Muerte vino a tomarlo el 12 de Octubre de 1924: el gran escritor tenía 80 años y 6 meses de edad.

Sus funerales cobraron la proyección de una verdadera apoteosis: Francia y el mundo entero lloraron al insigne estilista, que con su visión de profeta entrevió el lineamiento de una humanidad mejor.

---